



La revista Colombia Amazónica ha decidido iniciar una serie de publicaciones denominada *Aspectos históricos de la investigación en la Amazonia*, con la cual pretende presentar a los lectores textos históricos sobre las exploraciones realizadas siglos atrás por viajeros y científicos provenientes de diversas latitudes, cuyo interés por la región los llevó a emprender aventuras por el territorio amazónico, producto de las cuales hoy se tiene una base de información interesante sobre los recursos, los pobladores, el paisaje, y las rutas de acceso.

Para esta primera entrega se ha elegido la relación de los viajes de exploración hechos por el señor General Don Rafael Reyes y sus Hermanos, Don Néstor y Don Enrique, en algunas regiones de la América del Sur. Este informe fue presentado por el General Reyes en la Segunda Conferencia Internacional Americana en México el día 30 de diciembre de 1901.

Se incluye el mapa que acompaña este informe, y que fue realizado por el General Reyes, en el cual da cuen-

ta de las vías existentes tanto ferroviarias como fluviales y las proyecciones de las mismas, propuestas por el General, con la intención de conectar los territorios. Informa además acerca de los pobladores, los lugares de interés para la explotación de recursos, y sus recorridos realizados por Reyes y sus hermanos en 1875.

El aparte aquí presentado fue tomado del libro *A través de la América del Sur. Exploraciones de los Hermanos Reyes*, el cual fue publicado en 1979 por la Flota Mercante Grancolombiana, como parte de una iniciativa para destacar los esfuerzos realizados por colombianos, orientados a construir el país y a buscar oportunidades de progreso para los colombianos.

El Consejo Editorial de la Revista Colombia Amazónica, espera que los lectores encuentren el valor que estos textos históricos tienen, dado el carácter visionario de los mismos, cuya vigencia se hace evidente cuando los ojos del mundo están puesto sobre la Amazonia por sus recursos y por su importancia en el equilibrio del planeta.

Segunda Conferencia Internacional Americana

MEXICO, 1901-1902

(Extracto del acta de la Sesión del día 30 de Diciembre de 1901)

RELACION de los viajes de exploración hechos por el Sr. General Don Rafael Reyes y sus hermanos Don Néstor y Don Enrique, en algunas regiones de la América del Sur.

Excelentísimo señor Presidente:

Tengo el honor de presentar a la Conferencia el mapa de las exploraciones que, con mis hermanos Enrique y Néstor, hice durante varios años en la América del Sur, desde el Pacífico al Atlántico, en los inmensos territorios que riegan el Amazonas y sus afluentes, y el Paraná y los suyos.

Confieso que, a pesar de haber sido excitado a publicar estos trabajos por miembros de las Sociedades Geográficas de Londres y de París y por otras varias personas interesadas en la Geografía, no lo había hecho, porque la desastrosa muerte de mis dos hermanos, durante las exploraciones, víctima Enrique, el mayor, de la fiebre, y devorado Néstor, el menor, por los antropófagos del Putumayo, me hacia mirar con cierto horror todo cuanto se rozara con aquella empresa, y los planos y las apuntaciones de ella, han reposado durante largo tiempo entre mis papeles, en donde los guardaba el egoísmo del dolor!...

Hoy, cuando tengo el honor inmerecido de pertenecer a esta Conferencia, en la cual están representados todos los países de las tres Américas por hijos suyos de los más distinguidos, he creído un deber ineludible dar publicidad a este trabajo, que interesa a todas las Naciones aquí representadas.

Si hace algunos años los territorios a que me refiero no tenían sino local y relativa importancia, no sucede hoy lo mismo, porque el desarrollo de la navegación y del comercio y las necesidades crecientes de la humanidad, exigen que no permanezcan ignorados e improductivos. En las extensas selvas en que vagaban los salvajes antropófagos cuando hicimos esas exploraciones, se sostiene hoy un importante comercio por varias decenas de millones de pesos y se levantan poblaciones de millares de habitantes. Además, el proyectado Ferrocarril Intercontinental, obra civilizadora en que con tanto interés se ocupa esta Conferencia, da grandísima importancia a los referidos territorios, de los cuales son dueños todos los países aquí representados, exceptuando los del Norte y Centro América y Chile.

A mi paso por Washington, cuando tuve el honor de visitar al señor Presidente Roosevelt, me manifestó éste que conocía las exploraciones que con mis hermanos yo había hecho en Sur América, y de las que se ocupó el New York Herald del mes de Marzo del presente año; me excitó el Presidente Roosevelt a dar cuenta de ellas a esta Conferencia, y, con clara visión de hombre superior, me dijo: "Esa comarca es

un Nuevo Mundo que se ofrece al progreso y al bienestar de la humanidad." Me ofreció recomendar a la Delegación Norteamericana que se ocupara con interés de este asunto, y sé que cumplió con lo ofrecido. En concepto de este muy avisado estadista, las exploraciones realizadas por mis hermanos y por mí, se relacionan íntimamente con el proyecto del Ferrocarril Intercontinental.

Comparada la parte de la América del Sur de que vengo ocupándome, con aquella parte del África explorada por el gran Livingston y por Stanley, la superioridad en riquezas minerales y vegetales, en terrenos para la agricultura, y sobre todo en vías fluviales, está en favor de la primera. Apenas hace un cuarto de siglo que las exploraciones de aquellos dos apóstoles del progreso se terminaron, y hoy el ferrocarril recorre ya los territorios que ellos tuvieron que atravesar a pie y abriendo una ruta a través de las selvas tenebrosas; florecientes y nuevas poblaciones surgen allí, como por encanto, y se hace en la actualidad un comercio de grandísima importancia. ¿Por qué no había de suceder lo mismo en la América del Sur?

Tenemos la convicción de que, a medida que avance la construcción del Ferrocarril Intercontinental, el que no es otra cosa que la conexión de los ferrocarriles ya existentes en los diversos países, aquella región se desarrollará con mayor fuerza e importancia que las exploradas por Livingston y Stanley. La humanidad busca nuevos territorios para su progreso y bienestar; ya está que se desborda la gran masa humana en la América del Norte y en Europa, la que por medio de los ferrocarriles y de los vapores, invadirá la América del Sur; necesario es que las Repúblicas que forman aquella parte del Continente, se preparen para recibirla y para conservar y hacer respetable su integridad por medio de la paz, de la libertad y de la justicia.

Primera exploración de Pasto al Amazonas

A riesgo de abusar de la benevolencia de mis distinguidos colegas, haré una breve reseña de las primeras exploraciones que realicé en compañía de mis hermanos.

Partimos de la ciudad de Pasto, situada en la cima de los Andes, bajo la línea equinoccial. La inmensa región que se extiende desde esta ciudad, por más de 4000 millas, hasta el Atlántico, era entonces completamente desconocida. Atravesámos a pie la gran masa de la cordillera de los Andes, que se eleva a más de 12000 pies sobre el nivel del mar, hasta la región de las nieves perpetuas. Al terminar ésta se encuentran inmensas sábanas, llamadas "páramos," en donde no nace un arbusto, ni se mira una flor, y en donde desaparece por completo la vida animal. Durante un mes vagamos por aquellas frías soledades, guiados por la brújula; reina en ellas una neblina tan espesa como en las altas latitudes del Norte en el invierno; hubo días en que tuvimos que permanecer en un mismo sitio, en media obscuridad, sin poder avanzar un solo paso. El termómetro llegó a bajar a 10 grados bajo cero, lo que se hacía insoportable por la falta de abrigo y de calzado; teníamos que usar una especie de zapatos, llamados alpargatas, hechos de henequén, que sólo cubren la mitad del pie, porque el calzado de cuero no puede usarse, debido a que esas sábanas están cubiertas de una espesa capa de lodo, en la que el viajero, al caminar, se hunde hasta la rodilla.

Después de un mes de marcha por aquel desierto, en el cual perecieron, a causa

del frío, dos hombres de la expedición, de los diez que a sus espaldas cargaban las provisiones, llegamos al límite de aquellas pampas solitarias, que parecen el producto de una naturaleza en formación. Estábamos en las vertientes orientales de los Andes. A nuestra vista se extendía un océano de luz y de verdura, que hacía contraste con las sombras y con las soledades que acabábamos de recorrer; teníamos delante las abruptas faldas de la Cordillera, que descendiendo en algunas partes verticalmente, continuaban en planos ligeramente inclinados y seguían luego en planos perfectos por millas de millas hasta el Océano. Por las murallas graníticas de los Andes se precipitaban las aguas en elevadísimas cataratas, después seguían en torrentes por las quebradas de la Cordillera, y, por último, al llegar al plano, se convertían en anchos y hermosos ríos, semejantes a grandes cintas de plata sobre un campo de esmeralda, que se perdían en el lejano horizonte. En los bosques se exhibía la lujuriosa flora tropical con todas sus bellezas. Los árboles veíanse poblados de toda clase de aves de variados colores; era, en fin, la vida la que teníamos delante, y el caos lo que dejábamos atrás.

Penetrámos en esas selvas desconocidas, abriéndonos camino con el machete, a través de la maleza y de las lianas que nos impedían el paso. Al llegar a los descensos verticales de la Cordillera, en los puntos en que eran infranqueables, teníamos que bajarlos con la ayuda de cuerdas ó maromas.

Por quince días continuamos nuestra marcha a través de esas selvas vírgenes en que abundan las víboras y las fieras, que afortunadamente nunca nos hicieron mal. Los torrentes los pasábamos por puentes de árboles que arrojábamos sobre ellos, ó vadeándolos a pie; al pasar así uno de esos torrentes, perdimos dos de los cargueros, y la expedición quedó reducida a sólo seis hombres. Después de grandes fatigas y soportando ya una temperatura de 30^o centígrados, llegamos a una vía navegable por canoa, en cuyas orillas habita la tribu de los mocoas, indios que, aunque salvajes, practican la hospitalidad y no son antropófagos. En medio de esa tribu permanecimos un mes, durante el cual conseguimos de los indios una canoa para seguir nuestra expedición al Amazonas, y seis indios que nos acompañaran en el viaje. Estos no conocían sino hasta seiscientas millas aguas abajo, y nos informaban que, de allí para adelante, nunca habían pasado, porque los que antes se atrevieron a hacerlo, fueron devorados por las tribus antropófagas que habitan la otra mitad del río hasta el Amazonas.

Lanzamos nuestra canoa a merced de la corriente de ese río desconocido, al cual dejamos el nombre que le daban los salvajes, "Putumayo" (aguas claras, en el idioma siona.) Después de dos días de navegación, llegamos a un punto que bautizamos con el nombre de "La Sofía," el de mi esposa, en donde el río tiene seis pies de profundidad en todo tiempo y que es el término de la navegación a vapor.

Al aventurarnos en aquella expedición tan llena de peligros de todas las clases imaginables, yo quise, y perdonad esta digresión de carácter puramente personal, consagrar con un nombre muy caro en mis afectos aquel punto de una nueva partida hacia el gran misterio de la naturaleza americana. Tomaba ese nombre como precioso talismán para la lucha contra lo desconocido y lo salvaje. Siempre fueron los puros sentimientos del alma, la mejor coraza del hombre en las batallas de la vida.

Gastamos un mes desde "La Sofía" hasta el punto conocido por los salvajes de Mocoa, ó sea una extensión de seiscientas millas. En todo este trayecto el río es nave-



gable por vapores de cinco pies de calado, sin inconveniente alguno; sus márgenes están cubiertas por espesas selvas en donde abunda el caucho ó jeve, cacao, zarzaparrilla, marfil vegetal ó tagua, hipecacuana, otras plantas medicinales y variedad de maderas finas. Visitamos las tribus nómadas, que nos trataron con benevolencia y hasta con generosidad, obsequiándonos con provisiones ahumadas, productos de la caza y de la pesca, que constituyen su principal ocupación.

Esas tribus son: los Cosacuntis, los Montepas, los Tohallá y los Inquisilla, todas de hombres bien formados y constantes migradoras en busca de la caza y de la pesca. Apenas tienen habitaciones de ranchos de paja y cultivan pequeñas plantaciones de plátano y yuca, que se extienden en los claros de las selvas, las cuales derriban con hachas de piedra y consumen con el fuego. Viven casi desnudos y conservan la más absoluta autonomía cada tribu respecto de las otras. El idioma que hablan es una mezcla de Siona y de Quipchua. No tienen otra religión que la adoración de los espíritus malos, con los que sus sacerdotes ó Payés dicen que se pone en comunicación, para lo cual se embriagan con el jugo de una planta narcótica que llaman yoco. Es preciso estar siempre en buenos términos con los Payés ó sacerdotes, quienes tienen gran dominio sobre sus compañeros. El número de individuos que componen las tribus nombradas, según los informes que recogimos, es de unos 20.000.

Entrábamos a la región habitada por indios antropófagos. La primera tribu con quien teníamos que entendernos era la poderosa y guerrera de los Mirañas. Nuestros compañeros los indios de Mocoa, nos notificaron categóricamente que de allí para adelante no seguirían y que debíamos buscar canoa y bogas o tripulantes en aquella tribu, porque ellos se devolvían. Así lo hicimos, saltamos a tierra y con un intérprete nos dirigimos a la primera ranchería. En ella encontramos a su poderoso jefe "Chua" ó tigre, hermoso joven, de esbelta y atlética figura, de edad de unos treinta años; nos recibió como amigos, nos tendió la mano, signo inequívoco de amistad entre aquellos salvajes, y nos invitó a entrar en su cabaña. Era yo el primer hombre blanco que veían aquellos salvajes, y por lo mismo, fui el objeto de su curiosidad infantil. Celebraban una fiesta a la luna llena y nos ofrecieron de sus manjares de carne humana, de indios Huitotes, enemigos de los Mirañas, que habían hecho prisioneros.

Por medio del intérprete pedimos a Chua —quien desde aquel día se hizo nuestro amigo y siempre nos fué fiel, llevando su cariño hasta tomar mi nombre, pues se llamó en adelante Rafael Chua,— que nos diera canoas, provisiones é indios para continuar nuestra marcha hasta el Amazonas. El indio generoso nos prometió darnos todo lo que necesitáramos.

Despedimos a nuestros compañeros los Mocoas y nos quedámos de huéspedes de los Mirañas.

Permanecimos entre ellos por quince días, durante los cuales los acompañamos en sus expediciones de caza y pesca.

Pasado este tiempo, Chua nos dió una canoa grande y diez robustos y jóvenes tripulantes para continuar nuestro viaje al Amazonas.

En una hermosa mañana, dijimos adiós a nuestro amigo Chua y lanzamos nuestra embarcación sobre las aguas del Putumayo, que en aquella parte tiene más de novecientas yardas de ancho y diez pies de profundidad. Nos faltaban seiscientas millas

para llegar al Amazonas. En toda esta extensión el río es navegable en todo tiempo por vapores hasta de nueve pies de calado. Las selvas que cubren sus márgenes abundan en los mismos vegetales que las que acabamos de recorrer. Visitamos e hicimos amistad con las tribus antropófagas de los Huitotes, Beneció, Orejones, Carijones, Garaparaná y Campulla. Todas éstas nos recibieron y trataron con benevolencia y generosidad. Debemos reconocer que durante diez años que hicimos exploraciones en el Putumayo, en el Amazonas y en sus otros afluentes, nunca fuimos amenazados ni atacados por los salvajes, lo que por desgracia no aconteció a nuestro hermano menor, Néstor, quien fué devorado por los antropófagos del Putumayo, y pagó así con la vida, en plena juventud, su amor al trabajo y al conocimiento y progreso de la América.

Gastamos dos meses en recorrer la parte baja del río, porque nos detuvimos para hacer exploraciones en sus márgenes y permanecimos algunos días visitando las diferentes tribus. Estas hablan la lengua Siona, y el número de individuos que las componen, según los informes que tomamos, es de más de 60.000. Esas tribus viven en continua guerra unas con otras, con el fin de hacer prisioneros para sus festines y también para venderlos a los comerciantes que del Amazonas suben por el Putumayo unas 200 millas y que, en cambio de ellos, les daban alcohol, tabaco, cuentas de vidrio, espejos y otras baratijas. Durante el tiempo que con mis hermanos estuve en aquella región, destruimos este bárbaro comercio, aprisionando a los tratantes de carne humana, los que entregábamos a las autoridades brasileiras, quienes siempre les infligieron el merecido castigo.

Lo más penoso de aquella nuestra primera exploración, no era el calor de 45° centígrados, soportado sin sombra alguna, puesto que la canoa iba descubierta, bajo un sol abrasador, ni la fatiga de ir remando a la par de los indios durante todo el día, ni tampoco la mala y escasa alimentación, ni los peligros, que se corrían entre aquellos antropófagos. Eranlo, sí, las noches pasadas en las inmensas playas del río, sobre arenas quemantes, calcinadas por el sol, en las cuales teníamos que cavar una especie de sepultura y cubrírnos con ellas, dejando sólo descubiertas las narices, como lo hacían los savajes, para libertarnos de las picaduras de los zancudos, los que hay en tal abundancia, que puede decirse que la atmósfera se compone de ellos, tal la llenan y obscurecen; al cerrar las dos manos, quedaba entre ellas una masa sólida de mosquitos. Con las primeras luces de la aurora, que hacen huir a los zancudos, salíamos de esas fosas, improvisados dormitorios en los cuales reposábamos desnudos, cubiertos por una argamasa formada por la arena y por el sudor, que se había endurecido sobre nuestra piel con el frío de la mañana, y nos lanzábamos al río para que el agua nos libertara de su pesadumbre y de su asco, y luego nos poníamos los escasos y desgarrados vestidos que aún nos quedaban. Navegábamos durante todas las horas de luz, y solamente nos deteníamos con el fin de hacer la caza y la pesca de lo que necesitábamos para nuestra alimentación. De noche preparábamos los alimentos que habíamos conseguido durante el día.

Esa fue nuestra vida durante los meses eternos que gastamos en nuestro primer viaje del Putumayo; soportábamos las mismas fatigas que los salvajes, tanto en la conducción de nuestra pequeña y frágil nave, como en la caza, en la pesca y en las expediciones a pie, y tenemos el convencimiento de que esto fue lo que nos captó

el cariño y el respeto de los salvajes, quienes no reconocen otra superioridad que la de la fuerza.

Al fin, después de grandes fatigas, atravesada la Cordillera y recorridas ya a pie, ya en canoas, las 1.400 millas del río Putumayo, llegamos al Amazonas. Nuestros esfuerzos habían sido coronados con éxito feliz. Habíamos conseguido el propósito que perseguíamos al emprender la expedición, propósito que era el de descubrir un río navegable a vapor, que comunicara a Colombia con el Amazonas.

Exploraciones tan penosas como las que acabo de describir, hicimos después durante varios años, con mis hermanos Enrique y Néstor, en los ríos Caquetá, Napo, Ucayali, Yabará, Yuruá, etc. etc., y los otros que se señalan en el mapa que os acompaño.

Mi hermano Enrique pereció de fiebre maligna, explorando el río Yabará. Los peruanos le levantaron un suntuoso mausoleo en el cementerio de Iquitos.

Néstor, mi hermano menor, se perdió explorando las selvas del Putumayo, en donde como antes queda dicho, fue devorado por los salvajes. Solamente logramos recuperar sus huesos, los que pude unir a los restos de mi hermano Enrique y conducirlos a Bogotá, capital de Colombia, donde yacen depositados en la Iglesia Catedral.

Séame permitido, Excmo. Sr. Presidente, haciendo abstracción de los lazos de la sangre, y convirtiéndome en vocero de la justicia histórica, consagrar aquí, ante vosotros, un recuerdo de admiración y de respeto a esos dos héroes del trabajo y de la civilización del Continente Americano.

De la desembocadura del Putumayo a Río de Janeiro

El punto en que el Putumayo, o Ica, como lo llaman los brasileiros, desemboca en el Amazonas, se llama San Antonio y está a 1,800 millas de la desembocadura del último en el Océano.

Habíamos llegado a un lugar que podría decirse civilizado, en relación con las regiones que acabábamos de atravesar; por allí pasaba mensualmente un pequeño vapor, que hacía la carrera entre Pará e Iquitos y en el cual tomamos pasaje para la primera ciudad a donde llegamos seis meses después de nuestra partida de Pasto, en Colombia.

Publicamos un ligero relato de nuestros viajes, que causó grande impresión y fue reproducido en todos los diarios del Brasil. Era la primera vez que de las costas colombianas del Pacífico, había atravesado la América un viajero, para llegar a Pará. En esa ciudad, hospitalaria como todas las brasileiras, fuimos el objeto de manifestaciones de cariño y de aprecio de parte de las autoridades y de personas de lo primero de aquella sociedad, como los Sres. Dr. F.A. Raiol, D. Manuel Pinheiro, D. Julio Laroque, D. Manuel Antonio Pimenta Bueno, etc. etc.

De Pará nos dirigimos a Río de Janeiro, tocando en las ciudades de San Luís de Maranhão, Ceará, Río Grande del Norte, Pernambuco y Bahía. Las voces de la prensa nos habían ya precedido, dando a conocer nuestra expedición, y en todas esas ciu-

dades, así como en la de Río de Janeiro, fuimos recibidos y festejados con entusiasmo.

El mismo día de nuestra llegada a Río de Janeiro recibimos una nota del Gobernador de Palacio, en la que nos daba la bienvenida en nombre del Emperador Don Pedro II, y nos avisaba que éste nos esperaba el día siguiente, que era de gala en la Corte, a las 4 de la tarde, en su Palacio de San Cristóbal.

A esa hora estuvimos allí. El sol abrasador, las lluvias, el hambre y toda clase de fatigas que habíamos padecido durante seis meses atravesando el Continente, habían convertido mi cuerpo en un esqueleto forrado en una especie de pergamino; así es que, al presentarme en el Salón de Recepciones, al cual aún no había salido el Emperador y en el que ya estaban en uniforme de gala los grandes del Imperio, vi que se me miró como a un intruso; nadie sabía quién era, y permanceí aislado de todos. Pocos momentos después el Maestro de Ceremonias preguntó por mi nombre, y a través de los asistentes, quienes entonces me saludaron con deferencia, me introdujo al Gabinete de trabajo del Emperador, por quien fui acogido no sólo con deferencia, sino también con cariño.

Era Don Pedro II de majestuosa y elevada estatura, de fisonomía franca y leal, y rubio como un germano. A través de sus grandes ojos azules se leían la bondad y la nobleza de su alma; de espíritu grandemente cultivado, era un sabio en el más completo sentido de la palabra. Hablaba correctamente varios idiomas y sostuvimos nuestra conversación en francés. Tenía pasión por la geografía y por las exploraciones en los inmensos territorios del Imperio. Durante una hora recorrimos el mapa que yo había trazado de mi expedición, por la cual manifestó grande interés. Salió conmigo al Salón de Recepciones, en donde me presentó y recomendó a los que allí estaban presentes.

Permanecí dos meses en Río de Janeiro, durante los cuales recibí toda clase de manifestaciones de aquella sociedad, cuyo carácter hospitalario es proverbial. Permítaseme mencionar los nombres de los caballeros que más se esmeraron en ofrecerme su apoyo para las futuras exploraciones: el Barón de Río Branco, Jefe del Gabinete; el Marqués de San Vicente y el Barón de Cotejipe; el Almirante Wan den Colk; el republicano Quintino Bocayuba, actual Presidente del Senado; el Barón de Río Branco, hijo, redactor de "La Tarde" y actual Ministro del Brasil en Alemania.

Cumplo con el deber de mencionar aquí también el nombre del insigne explorador y botánico Raimundi, a quien debí voces de aliento para continuar las exploraciones, y el del caballero inglés Alfredo Simpson, quien me acompañó en el primer viaje de vapor en el Putumayo.

El Gobierno del Brasil nos ofreció generosamente embarcaciones y dinero para continuar nuestras exploraciones, que no acepté, como no las había pedido ni aceptado de mi país, pues todas ellas las hicimos con fondos de mis hermanos y míos.

De Río de Janeiro regresamos a Pará, en donde compramos el vapor "Tundama", nombre de nuestra provincia natal en Colombia, y lo tripulamos y aprovisionamos para hacer el viaje por el Putumayo hasta "La Soña".

Del Pará a "La Sofía"

Subimos el Amazonas en nuestro vapor sin ningún inconveniente, hasta San Antonio. De allí penetramos en las aguas del Putumayo; podemos decir que uno de los días más felices de nuestra vida, fué aquel en que vimos flotar por primera vez la bandera de Colombia en la popa del buque, agitada por las brisas. Ese buque iba a realizar las conquistas de la civilización y del progreso para nuestra patria y a mejorar el horroroso estado de millares de salvajes, quienes al solo contacto con el hombre civilizado se sintieron como iluminados por la luz benéfica de esa misma civilización, puesto que nos habían tratado no sólo de manera hospitalaria, sino también muy generosamente.

Gastamos dos meses navegando las 1,200 millas de este río hasta "La Sofía". Teníamos que preparar allí el combustible para el vapor.

Ayudados por el capitán portugués Francisco Antonio Bisao, levantamos la carta geográfica del río Putumayo, la única que se ha publicado de nuestras exploraciones.

A nuestro paso por el territorio de las tribus salvajes, las que meses antes nos vieron desprovistos de recursos y nos ayudaron para continuar la expedición, pudimos obsequiarlas con largueza y hacerles admirar los objetos y las curiosidades de una civilización desconocida para ellos, que llevábamos en el vapor. A nuestro amigo Chua, el cacique de la poderosa tribu de los Mirañas, le obsequiamos con armas que nunca usó contra nosotros, con herramientas de agricultura, con semillas y con vestidos para sus numerosas mujeres.

Terminamos ese viaje en "La Sofía", en donde la poderosa corriente del río impide a los vapores ir más adelante. Desde este puerto, a distancia de 100 millas, se levanta magestuosa la inmensa Cordillera de los Andes, que en el horizonte se ve como gigantesca muralla de bronce, coronada de nieve, sobre la cual, hacia el Sur, en el Ecuador, arrojan fuego y humo los volcanes Pichincha, Cotopaxi, Chimborazo y otros. Más allá de esas elevadas cumbres estaba nuestro hogar llamándonos con esas incitaciones del cariño, que son irresistibles para el alma. Para llegar a él, después de nuestras repetidas expediciones, teníamos que atravesar a pie las fragosas selvas y los helados páramos por entre los cuales habíamos trazado nuestra primera ruta. Más tarde unimos por un camino de herradura, el río Putumayo a la ciudad de Pasto. Hoy se hace por él un importante comercio.

Lo que hemos descrito del río Putumayo es también aplicable a los otros ríos y selvas explorados por los hermanos Reyes.

Los indios se han civilizado en parte, su condición de vida ha mejorado, y con la ayuda que prestan, se mantiene un comercio de exportación por varias decenas de millones de pesos, en caucho, cacao, plantas medicinales, etc., y ese comercio llena con sus productos las bodegas de centenares de vapores de río.

Climas y productos agrícolas

En la falda de la Cordillera de los Andes la temperatura varía de 0° hasta 20° centígrados, según la altura. El clima es sano y propio para los habitantes de la zona templada. Los terrenos son extraordinariamente fértiles y producen con facilidad y abundancia trigo, cebada, papas, maíz y todos los productos de la tierra fría. Desde los 18 hasta los 22 grados, se produce café de superior calidad.

Abundan caídas de agua para el desarrollo de la fuerza eléctrica. La extensión de esta zona, que limita la hoya amazónica, es de varios centenares de millas cuadradas.

Desde el pie de la cordillera de Andes hasta el Océano, el clima es ardiente y hay fiebres palúdicas, como en todas las regiones análogas a éstas. El terreno es sumamente fértil y propio para los cultivos de la caña de azúcar, del cacao, del tabaco, del algodón, etc., etc.

Como puede verse en el mapa, en los ríos Ucayali, en el Perú; Negro, Orinoco, Meta y Vichada, en Venezuela y Colombia, hay inmensas praderas de pastos naturales, semejantes a las del Río de la Plata, en donde se pueden mantener millones de cabezas de ganado.

Minerales

En el mapa que presento, está marcada la región de la Cordillera de los Andes, que contiene abundantes minas de oro, de plata, de hierro, de cobre, de hulla, mercurio y toda clase de minerales, también las famosas minas de esmeraldas de Muzo y Coscuez, las únicas del mundo, que existen en Colombia. En el Brasil, en el Estado de Minas Geraes, existen las famosas minas de diamantes.

Al pie de la Cordillera, y en el lecho de los ríos que bajan de ella se encuentran en abundancia el oro de aluvión y placeres tan ricos como los de California. Los salvajes extraen de allí importantes cantidades de oro.

Indios salvajes.

Es muy difícil calcular, aun aproximadamente, el número de salvajes que pueblan esta inmensa región. Creo que pueden contarse por centenas de millares, que pueden ser atraídos fácilmente a la civilización, porque su carácter, en lo general, es benévolo y hospitalario. Ellos pueden servir en mucho para la explotación de las empresas que allí se establezcan.

Las minas de oro en Colombia.

Desde antes de la conquista era reconocido por los aborígenes, el terreno que hoy forma la República de Colombia, como el más rico en oro. Cuando Colón llegó

a las Antillas, los naturales le informaron que el oro que poseían en abundancia lo obtenían de los indios que habitaban las costas firmes de aquel territorio.

Los inmensos tesoros que los Pizarros y Almagro encontraron en el Perú, provenían, en su mayor parte, de las minas de Barbacoas, en la Costa del Pacífico, entre Tumaco y Pasto, y de las de Nóvita, en el Chocó, cuyos naturales compraban con oro la sal de que carece esa región y de la que abunda el Perú; actualmente existe todavía ese comercio en grande escala y se emplean en él muchos buques.

La abundancia de oro en Barbacoas era tal, que los instrumentos de agricultura de los indios, como hachas, machetes, cuchillos, etc., y los de casa, como platos, tazas, etc., eran de oro, como lo prueban los que se encuentran en su sepulturas, porque sabido es que era costumbre enterrar los cadáveres con los objetos de oro que poseían en vida.

Los indios Quimbayas, que habitan sobre la Cordillera de los Andes, entre Bogotá y Popayán, poseían oro en tan grande cantidad, que hace pocos años se encontró en la tumba de uno de sus caciques un tesoro de objetos muy bien trabajados, de muchas libras de peso, y que Colombia obsequió a la reina de España; puede verse en Madrid. Constantemente se encuentran en los cementerios de estos indios tesoros por valor de varios miles de pesos, que son las alhajas con que los enterraban.

La tradición de El Dorado, en busca del cual hizo Hernán Pérez de Quesada, hermano de Gonzalo Jiménez de Quesada, el Conquistador del país que hoy se llama Colombia, su famosa expedición de Bogotá a Pasto, por las faldas orientales de los Andes, atravesando más de 200 leguas, por montañas fragosas, tiene su origen en la tradición de que, al acercarse los conquistadores, los indios ocultaron un inmenso tesoro de oro y esmeraldas en aquellas montañas, el que todavía no se ha hallado.

Durante la época colonial, los españoles trabajaron con los indios y con los negros que llevaron de Africa a las minas de Antioquia, del Chocó Alto, de Quibdó, de Nóvita y la famosa de El Medio; las de Timbiquí, de Barbacoas y del interior del Cauca, con tan gran éxito, que los explotadores se hicieron millonarios. En algunas ciudades, como en la de Popayán, capital del Departamento del Cauca, en donde edificaron palacios para habitaciones particulares, hubo, un Sr. Valencia, el fundador de la Casa de los Condes de Casa-Valencia, que estableció con sus propios recursos una Casa de Moneda, que regaló al Gobierno, y construyó un acueducto para la ciudad.

Consta en el archivo de Indias y en todos los documentos oficiales, que era del Nuevo Reino de Granada (hoy Colombia) de donde España sacaba la mayor cantidad de oro durante todo el tiempo colonial.

Cuando el Barón de Humboldt visitó, a principios del siglo pasado, ese país, estudió los terrenos auríferos del Chocó, Antioquia y Cauca, y fue su opinión, como puede verse en su obra, que son los terrenos más ricos en oro del mundo.

Después de la Independencia de España se decretó la libertad de esclavos, y las minas de oro dejaron de trabajarse con regularidad, y por la falta de vías de comunicación no se ha podido introducir la maquinaria moderna, gracias a la cual aun terrenos relativamente pobres, como los del Transvaal, dan enormes rendimientos. El día que las minas de oro de Colombia se trabajen con esa maquinaria, lo que suce-

derá cuando el ferrocarril pueda transportarla, se verá que la opinión del Barón de Humboldt es exacta y que ni el Klondike, ni el Transvaal son más ricos en oro que Colombia. No hace muchos años que en Barbacoas, en la mina de Cargazón, se recogió, en oro puro, que no hubo necesidad de lavar, 500 kilos. En las calles de aquella ciudad, en los patios de las casas y en todas partes se encuentra el oro en abundancia.

Según las más respetables autoridades, entre estas la del Profesor Soetbeer, la producción de oro y plata en los últimos cuatro siglos puede fijarse en las cifras siguientes:

Siglo XVI	Oro	\$ 53.000.000;	Plata	\$ 6.500.000
" XVII	"	173.000.000	"	9.000.000
" XVIII	"	205.000.000;	"	1.500.000
" XIX (hasta 1886)		208.000.000;	"	16.000.000

De estos \$639.000.000, valor del oro extraído en dicho período, \$50.000.000 provienen de los aluviones y el resto de los filones auríferos.

Puede repartirse de la manera siguiente aquel total respecto a procedencia, teniendo en cuenta los nueve Departamentos en que la República está dividida:

Antioquia	\$250.000.000
Cauca	249.000.000
Panamá	94.000.000
Tolima	54.000.000
Santander	15.000.000
Bolívar	7.000.000
Cundinamarca	1.800.000
Magdalena	1.000.000
Boyacá	200.000

La estadística referente a los años de 1887/92, según recientes trabajos del Ministerio de Fomento, da las siguientes cifras en cuanto a producción:

1887	Oro	\$ 3.000.000;	Plata	\$ 1.000.000
1888	"	3.000.000;	"	1.000.000
1889	"	3.429.000;	"	612.000
1890	"	3.599.000;	"	830.000
1891	"	3.472.000;	"	1.298.000
1892	"	3.232.000;	"	1.806.000

De 1892 en adelante puede computarse en \$4.000.000 la producción anual de oro y en \$2.000.000 la de plata.

Las nueve décimas partes de esa producción provienen actualmente del Departamento de Antioquia, que es, si así puede decirse, una acumulación estrecha de formaciones metalíferas y cuyo territorio está atravesado por ríos que, como el Porce, el Cauca y el Nechí, pueden, sin exajeración alguna, declararse los más ricos del

mundo en oro, pues cuando quiera que ocurren fuertes veranos en que bajan bastante en su nivel las aguas, los habitantes de esas cercanías, sin recursos de ninguna especie, sin maquinaria, con simples bombas de madera que mantienen secos reducidos espacios cercados con maderas y tierra dentro del agua, donde ésta lleva poca corriente, extraen grandes cantidades del lecho; a veces centenares de libras de oro, proporción que, en iguales circunstancias, en vano se buscarían en ninguno de los ríos más ricos en este metal en el resto del mundo. En el centro de esos lechos, a donde nunca se ha podido llegar hasta ahora, existen según puede colegirse de esto y de lo poco que buzos sin maquinaria han podido explotar, la más sorprendente acumulación del metal amarillo.

En un paraje en que el Río Porce, por causa de enormes derrumbamientos de una de sus orillas, abandonó el antiguo cauce, en menos de 200 yardas, de siete que quedaron en seco y pudieron explotarse por una compañía local cuyos libros y comprobantes pueden examinarse en cualquier momento, se extrajeron hace 50 ó 60 años más de 1,900 libras de oro.

En estos últimos años ha sido sentenciado definitivamente un pleito que venía agitándose hace mucho tiempo respecto a la propiedad de los famosos placeres llamados "Cruces de Cáceres", en el Norte de Antioquia, entre los ríos Cauca y Nechí donde por causa de aquel largo pleito, ha permanecido sin explotar en escala corriente, una extensión de muchos millares de acres de aluvión alto de sorprendente riqueza en oro, y a los cuales puede llevarse una gran masa de agua que producirá corriente y fuerza suficiente para hacer allí la más completa y económica explotación por medio de los elevadores hidráulicos (hydraulic elevators), con la ventaja de que esos yacimientos están situados a la orilla de uno de los afluentes del Magdalena y en punto a donde, con viaje de 390 millas desde el mar suben fácilmente los vapores, cargados de maquinaria, en región habitada, en clima relativamente bueno y dentro de una propiedad que comprende hermosas formaciones carboníferas y tierras planas, fertilísimas, bien regadas entre 24^o y 28^o del centígrado, inmejorables para el cultivo de la caña de azúcar, el cacao, el caucho, etc., etc., productos todos que en poco costo se exportarán al extranjero. Una propiedad como ésta, que cubrirá todas las ventajas imaginables, difícilmente se hallaría en otro país; en tanto que en Colombia no es única y por la situación actual de esa República, podrá acaso obtenerse por suma de dinero que no comprarían en otras circunstancias la décima parte de esa riqueza.

Observaciones semejantes, con más o menos detalles característicos y prácticos, que son los que los hombres de negocios y de empresa pueden apreciar mejor, me sería fácil hacer respecto a varias zonas mineras de la República de Colombia; pero no debo abusar de la benevolencia de mi auditorio.

En el territorio del Departamento de Antioquia, excepcionalmente accidentado, ocurren frecuentes contactos de rocas de diversas épocas y a esos contactos corresponden fisuras llenas por material metalífero de anormal riqueza. Los filones se han trabajado allí del modo más primitivo y si han producido tanto en el pasado y actualmente producen la mayor parte de los \$4.000.000 de oro que anualmente se exportan de aquel departamento, débese ello a las superiores condiciones de la raza que habita esas montañas: raza blanca, fuerte, sobria, inteligente y trabajadora como las

más favorecidas del planeta, y que suministra a la minería no sólo mineros fuertes, inteligentes y honrados, sino superiores y sobrestantes capaces que son el más eficaz auxiliar que empresa extranjera pueda hallar en los territorios que explotan en zona tórrida.

Hay establecidas en el de Antioquia varias compañías extranjeras que explotan minas: la mayor parte inglesas; unas pocas francesas, y alguna aunque muy pocas y con capitales muy reducidos, americanas. Los resultados que están alcanzando hace años las primeras, entre las cuales es la principal la denominada "Frontino and Bolivia South American Minius Company" cuyo domicilio es Londres, demuestran que no se incurre en exajeración al repetir con el Barón Von Humboldt, que es Colombia la nación más rica del mundo en oro y plata y al completar el concepto agregando que en Colombia es Antioquia el Departamento más favorecido y productor en ese ramo.

Esto hizo decir en 1887 a Mr. Morelle, el eminente ingeniero de minas francés, que por largo tiempo se ocupó en el estudio de aquella región: "Antioquia es indudablemente uno de los países del Globo donde se encuentran en mayor abundancia yacimientos auríferos de toda clase. Si con sus inmensas riquezas naturales no ha llamado hasta el presente la atención de Europa, esto ha dependido principalmente de su posición en el centro de Colombia, nación que hasta los últimos años era, por decirlo así, desconocida del público europeo. Después de un viaje de estudios hecho en Antioquia, creemos poder decir que sus yacimientos auríferos, salvo algunas excepciones, han sido apenas superficialmente explotados y que desde el punto de vista de la grande industria minera puede decirse que aún están vírgenes".

Según el profesor Soetbeer (Edelmetall-Produktion,) la producción de oro en Colombia desde 1537 a 1875, asciende a 1.231.500 kilogramos, de los cuales no sería aventurado asignar la mitad al Departamento de Antioquia.

El Cauca sigue en producción a Antioquia y llegará a un desarrollo colosal con esa materia cuando se exploten en debida forma sus ricos filones y extensos y famosos placeres del Chocó (alto y bajo), destinados a producir en el mundo tan pronto como haya empresarios y capitales de primera clase empleados en desarrollar esa riqueza, una fiebre de oro sin duda más explicable y productora que las producidas por Colombia, Australia, el Transvaal y el Klondike.

Como las cifras y los datos concretos son los que más ayudan a determinar en esta materia el juicio, bueno es agregar aquí, después de hacer notar lo que dice el Profesor Morelle respecto a que en grandes yacimientos auríferos de Antioquia (hoy el principal Departamento productor de oro de Colombia), están vírgenes y pueden considerarse intactos para la grande explotación minera moderna, que hasta 1875, según el Profesor alemán Soetbeer citado, Colombia ocupa ya el segundo lugar, casi con cifra igual a la del Brasil, que ocupa el primero, entre las Naciones productoras de oro de la América Latina, siendo el siguiente el orden de ellas en esa materia:

Brasil.....	L 136.891.340	Chile.....	L 35.167.950
Colombia.....	L 136.267.900	México.....	L 30.701.560
Bolivia.....	L 36.660.600	Perú.....	L 21.343.500

De las L. 640.000.000 que aproximadamente valía la producción de oro, desde los días de Cristóbal Colón hasta 1850, corresponden á Colombia L. 110.000.000, ó sea más de la sexta parte. Y como queda dicho, puede afirmarse que prácticamente aún no han sido explotadas sino apenas superficialmente trabajadas la mayor parte de sus minas.

Actualmente se explotan con grandes resultados las minas de Cana, en Panamá; la del Zancudo, en Antioquia; la famosa de Echendía y la de Timbiquí, en el Cauca.

El Ferrocarril Intercontinental que atravesaría toda la región aurífera colombiana, abriría la explotación de esta riqueza abandonada y casi desconocida, al comercio y a la industria.

En el Chocó, en Nóvita y Quibdó se encuentra el platino en abundancia, que es tan estimado como el oro.

La mina de esmeraldas de Muzo y Cosquez.

He dicho que esta es la única mina del mundo, porque si bien es cierto que se encuentran esmeraldas en los Balkanes, en Rusia, y en la India, son pálidas y casi sin valor en el mercado; las esmeraldas de Muzo, en Colombia, son las únicas finas y puras.

Esta mina está situada a 50 millas de Bogotá y muy cerca del trazado del Ferrocarril Intercontinental.

Fue explotada por los indios, y los conquistadores tomaron en ella una gran cantidad de esmeraldas. Perteneció al Gobierno de Colombia, que la da en arrendamiento; los empresarios se han hecho millonarios. Debido a la falta de vías de comunicación, no se ha podido introducir maquinaria apropiada, y la explotación se hace por medios primitivos. Acaba de ser dada en arrendamiento a razón de \$430.000 (oro americano) al año.

Bien puede comprenderse que esta mina es una inmensa riqueza, y que el día que se explote por los métodos y maquinaria modernos dará grandes resultados.

Lo que dejo dicho de las minas de oro de Colombia es aplicable en escala correspondiente a Venezuela, Ecuador, Perú, Bolivia, Brasil, etc., etc., ó sea a toda la América del Sur. En el mapa que acompañamos están señalados los yacimientos minerales.

La cordillera de los Andes

La gigantesca Cordillera Andina arranca de la Patagonia y atraviesa a Chile, en donde llega a la altura de los más altos picos del Himalaya. Separa aquel país de la Argentina, pasa por Bolivia, Perú y Ecuador, y al llegar a Pasto, en Colombia, se divide en ramales que atraviesan este país y Venezuela: el ramal Occidental penetra por

el Istmo de Panamá y Centro América y al llegar a México toma el nombre de Sierra Madre y el de Montañas Rocallosas en la América del Norte.

Si esta Cordillera ha sido un gran inconveniente para el desarrollo ferrocarrilero, en cambio contiene en sus entrañas todos los minerales que el hombre emplea en la industria y en el comercio; tiene todos los climas sanos y variados para los habitantes de la zona templada y localidades hay, como Bogotá, Quito y algunas del Perú, que por su situación cerca de la línea equinoccial, por su altura sobre el nivel del mar y por la rareza del aire, tienen la propiedad de curar radicalmente la tuberculosis, este terrible azote de la zona templada. Creemos que este hecho debe ser conocido universalmente.

Entre los ramales de los Andes hay extensos y fértiles valles, ya elevados y fríos como el de México y tan grandes como éste, que son las sabanas de Bogotá y la de Túquerres, en Colombia, y la de Otavalo y Quito, en el Ecuador, en los cuales a la fertilidad del terreno se une un clima sano y agradable de 12° a 16° c. todo el año, y en que por lo mismo reina una perpetua primavera, o ya valles de temperatura elevada de 20° a 26° c., como el de Cauca en Colombia, sobre el Pacífico, que tiene 120 millas de largo por 30 de ancho, regado por el río del mismo nombre, navegable a vapor, que lo atraviesa de Sur a Norte. Humboldt calificó este valle de "Paraíso de la América," y a la verdad que lo es, no solamente por la fertilidad del suelo y la benignidad del clima, sino por la belleza de la naturaleza y la hospitalidad de sus habitantes. En ese hermoso valle se encuentran todas las riquezas del reino mineral y vegetal, en mayor abundancia que en ninguna otra parte de la América del Sur; las dos Cordilleras que lo limitan al Oriente y al Occidente, permiten a sus moradores escoger, dentro de sus mismas haciendas, el clima que quieran, desde 26° hasta 5° c. en las altas montañas.

Otras de las grandes ventajas de la Cordillera de los Andes, es la abundancia de caídas de aguas, verdaderas cataratas, como la famosa de Tequendama en Colombia, las cuales pueden producir fuerza para aplicarla a la electricidad.

Razón tenemos los que nacimos en esas montañas, en donde están nuestros hogares, para amarlas.

Comunicación entre el Ferrocarril Intercontinental y las vías fluviales

Llamo la atención de la Conferencia al hecho muy importante de que la línea del Ferrocarril Intercontinental, que atravesará todos los países de la América del Sur, puede fácilmente, por medio de ramales, ponerse en comunicación con la inmensa red de ríos navegables que forman el Amazonas y sus afluentes, y que pueden surcar los grandes vapores trasatlánticos por tres mil millas, y vapores de río, como los del Mississipí, por doce mil millas; lo que da una navegación fluvial de quince mil millas, en un territorio virgen y que abunda en toda clase de riqueza mineral y vegetal.

Estos ríos recorren los territorios de todos los países de la América del Sur, con excepción de Chile, de tal manera, que se comunican o pueden comunicarse por navegación fluvial unos con otros.

Durante varios años exploré con mis hermanos Enrique y Néstor el río Amazonas y la mayor parte de sus afluentes; descubrimos algunos ríos desconocidos, establecimos navegación a vapor en otros, comunicamos por medio de vías terrestres la

navegación fluvial con las poblaciones Andinas (del río Putumayo a Pasto). En muchos de los ríos que entonces eran desconocidos, hoy navegan multitud de vapores que llevan la industria y la civilización a las selvas vírgenes en donde vagaba el salvaje antropófago. La exportación que se hace hoy por dichos ríos solamente en caucho, que crece espontáneamente en los bosques, vale más de \$20.000.000 en oro. En esas selvas crece en abundancia el cacao silvestre que ya se exporta en considerable cantidad, así como abundan toda clase de maderas finas y plantas medicinales. Se encuentra toda clase de caza, y en sus aguas el profesor Agassiz clasificó más de quinientas especies de pescados, de los cuales se hace un comercio muy importante.

La extensión del territorio que riegan estos ríos es de más de cuatro millones de millas cuadradas, que está hoy virgen y que se ofrece al comercio y a la industria de la humanidad.

Los nombres y extensión navegable de los principales ríos, son los siguientes:

	Millas		
Las Guayanas.- El río Trombetas navegable por vapor.	200	de las cuales son navegables por vapor.	1.300
Venezuela.- El río Negro navegable en vapor desde la ciudad de Manaos, cuya población es de cincuenta mil habitantes, hasta un punto por el cual se comunica por el río Casiquiare, con el Orinoco, que desemboca en el mar frente a la Isla de la Trinidad. La navegación del río Negro y del Orinoco y de sus afluentes, el Meta, el Arauca y el Vichada, que son de Colombia, combinados, es de más de.	1.000	Ecuador.- El río Napo nace al Oriente de la ciudad de Quito; en sus cabeceras abundan toda clase de minerales; tiene un curso de mil millas, de las cuales son navegables por vapor.	800
Colombia.- El río Putumayo, descubierto y explorado por nosotros, que nace en las cercanías de la ciudad de Pasto, por la cual pasará el Ferrocarril Intercontinental, tiene un curso desde su nacimiento hasta su desembocadura en el Amazonas, de 1.400 millas, de las cuales 200 recorre por la falda de la cordillera de los Andes, por terrenos fértiles, sanos y abundantes en toda clase de minerales, y por selvas que abundan en caucho, cacao silvestre, etc., desde "La Soñá" hasta San Antonio, en el Amazonas, franca navegación en vapores durante todo el año.	1.200	El Pastaza tiene un curso de ochocientas millas, de las cuales son navegables por vapor.	500
Río Caquetá o Yapura.- Nace en la laguna del Buey, de donde nace también el río Magdalena. Este se dirige al Occidente y va a desembocar en el Atlántico en Sabanilla, y el Caquetá se dirige hacia el Oriente y tiene un curso de mil seiscientas millas,		El Tigre tiene un curso de seiscientas millas, de las cuales son navegables por vapor.	300
		El Perú.- El Morona navegable por vapor de río.	200
		El Amazonas o Marañón, que nace en el lago Lauricocha, tiene un curso de más de 4.000 millas hasta su desembocadura en el Océano; de éstas son navegables 3.000 en vapores transatlánticos, desde el Pará hasta la ciudad de Iquitos, que tiene 30.000 habitantes (hay dos líneas directas de vapores establecidas de Liverpool a Iquitos) y en vapores de río de 400 millas.	3.400
		El ancho del Amazonas en su desembocadura, de Punta Tijoca a Cabo Norte, es de 180 millas, y es tal su ímpetu al entrar en el mar, que rechaza a éste, y sus aguas son potables a más de 120 millas de la costa.	
		El Amazonas tiene islas como las de Marajó o Joanes, de más de 60 millas de largo por 24 de ancho. La di-	

Medidas que debe tomar la Conferencia Internacional, para el desarrollo de aquella rica región y para facilitar la ejecución de la obra del Ferrocarril Intercontinental

Estando todos los países representados en esta Conferencia interesados en la obra del Ferrocarril Intercontinental, siendo la mayoría de ellos propietarios de los cuatro millones de millas cuadradas que contiene la región amazónica, que puede decirse que en su totalidad está inculta y despoblada, y es, por consiguiente, de tierras baldías, y perteneciendo a ellos los ríos que la riegan en todas direcciones, considero que para el bien de cada país en particular, y para el Continente y la Humanidad en general, sería conveniente pedir a los diferentes Gobiernos:

1o. Que se declare libre, previa la aplicación de lo que disponen los reglamentos aduaneros de cada país, y para todas las banderas del mundo, la navegación de dichos ríos; y

2o. Que se auxilie a la Empresa del Ferrocarril Intercontinental con liberales concesiones de terrenos baldíos y de minas, de aquella región, que hoy están ignorados en su mayor parte y por consiguiente sin ningún valor.

Este es, Excmo. Sr. Presidente, el trabajo que en nombre de la Delegación de Colombia presento respetuosamente a la Conferencia que se ocupa de los destinos de la América; él no tiene otro mérito que el de la constancia con que fue realizado, el del desinterés personal y el del ardiente deseo por el bienestar y progreso de nuestro Continente.

México, 30 de Diciembre de 1901.

RAFAEL REYES

INFORME

de la Comisión especial encargada de considerar la
Memoria de exploraciones, presentada por el Excmo.
Delegado de Colombia, General don Rafael Reyes

La Comisión especial encargada de informar acerca de la Memoria de exploraciones, presentada por el Excelentísimo Delegado de Colombia, General D. Rafael Reyes, ha examinado el asunto con la más cuidadosa atención.

En dicha memoria, el General Reyes narra in extenso, entre otras interesantes excursiones emprendidas por él y sus malogrados hermanos D. Néstor y D. Enrique Reyes, la del río Putumayo. Consideramos que es esta, sin duda, la más importante y la que ha producido beneficios prácticos inmediatos.

Entre las grandes arterias de Sud-América, una de las principales es el Putumayo, llamado también Yxá, que desemboca en el Amazonas más abajo de la confluencia del Ucayali.

Después de la primera mitad del siglo XVIII, el Putumayo no había sido explorado en toda su extensión, y las mismas exploraciones llevadas a cabo en 1557 y más tarde por el famoso sabio La Condamine, no pudieron contemplar, como era natural, el problema de la navegabilidad a vapor.

Los Sres. Reyes remontaron ese río, en canoas, primero, y llevaron en seguida buques a vapor todo su curso, dejando entregada a la civilización y al comercio una vasta zona dotada de riquezas naturales de toda especie. Aun cuando no hubieran hecho otra cosa, esa obra, por sí sola, sería bastante a reconocerles un mérito superior.

Además de esa empresa, en la que, por desgracia, pereció como soldado de la civilización, el referido explorador Néstor Reyes, los hermanos Reyes se dedicaron a otras audaces expediciones en la cuenca del Yabará y en muchos tributarios del Amazonas que antes eran desconocidos; en este noble empeño perdió la vida también D. Enrique Reyes.

Las investigaciones de los hermanos Reyes se extendieron, así mismo, a los ríos que unen prácticamente los territorios del Brasil, del Ecuador, del Perú, de Bolivia y de la Argentina. Y la exposición que acaba de hacer el Excmo. Delegado de Colombia, ha recordado el antiguo anhelo de comunicar las hoyas hidrográficas del Plata, del Amazonas y del Orinoco.

•••

Perdido en América, después de la época colonial, el espíritu de las exploraciones geográficas, no puede dudarse que la abnegación y la actividad de los señores Reyes son dignas del aplauso universal, y especialmente de los países llamados a extraer ventajas del mejor conocimiento de sus tierras.

•••

La Comisión especial, por lo demás, ha tenido noticia de que se divulgará en bre-

ve el conocimiento de esas regiones, por medio de una publicación en vasta escala, que contendrá los más completos datos de las regiones fluviales de Sud-América y de sus productos naturales.

Evidentemente esa publicación prestará eficaces servicios y, de seguro, favorecerá los esfuerzos que las naciones sud-americanas necesitan hacer para el establecimiento de la navegación interior.

En consecuencia, la Comisión especial que no ha estudiado, ni se pronuncia sobre la exactitud de algunas aserciones que atribuyen a determinados países el dominio de ciertos ríos, presenta el siguiente proyecto de resolución.

Considerando: Que el General D. Rafael Reyes y sus hermanos Enrique y Néstor realizaron a su costo importantes exploraciones, encaminadas a demostrar la practicabilidad de la navegación a vapor en el río Putumayo y otros afluentes del Amazonas;

Que sobre la base de esas exploraciones se está preparando la publicación de una importante obra, relativa a geografía de Sud-América, y especialmente a sus hoyas hidrográficas;

La Conferencia Internacional resuelve:

I. Acordar al Sr. General Reyes un voto de reconocimiento por sus exploraciones.

II. Recomendar a los Gobiernos interesados que protejan y difundan en todo lo posible la publicación geográfica mencionada.

Méjico, 28 de Enero de 1902.— (Firmado.) Lorenzo Anadón.— L. F. Carbo.— W. I. Buchanan.— Juan Cuestas.— Fed. Enriquez i Carvajal.— Cecilio Báez.— Augusto Matte.— Fernando E. Guachalla.— Manuel Alvarez Calderón.— Alfredo Chavero.— V. M. Maúrtua, Secretario.